

MAX UHLE

Busto de bronce, firmado y fechado:
Ica, 17.9.1970, de Enrique Zegarra,
nacido en Lima en 1941. Altura 35 cm

Propiedad del Instituto Ibero-Americano
de la Fundación "Patrimonio Cultural
Prusiano"

Otro ejemplar se encuentra en la Escuela
Alemana de Arequipa

(Fotografía Klaus Tiede)



Max Uhly

Recordando a Max Uhle *

Han pasado treinta y un años a la fecha desde que en un hogar de ancianos en Loben (Silesia) cerrara para siempre los ojos Max Uhle, a quien se le ha considerado como el "padre de la arqueología andina". A él no sólo Perú, sino también Chile y Ecuador, le deben las bases para una cronología de su milenario pasado prehispánico, y más de alguna relación cultural supuesta por Uhle hace ya varios decenios fue confirmada plenamente por investigaciones posteriores. Traducciones y re-ediciones de sus numerosas publicaciones, diseminadas en revistas diversas, atestiguan la vigencia de la mayoría de las conclusiones, a las que llegara Max Uhle a lo largo de su dedicación constante a la arqueología del área central de los Andes.

En el año 1935 regresó Max Uhle - entonces casi octogenario - de Ecuador, donde vivió desde 1919, a Alemania, domiciliándose no en Dresden, su ciudad natal, sino en Berlín. Al grupo de americanistas tan destacados como Walter Lehmann y Robert Lehmann-Nitsche, Walter Krickeberg y Konrad Th. Preuss, quienes por aquellos días trabajaban en el Museo y en la Universidad, se iba integrando entonces la extraordinaria personalidad de Max Uhle, que superaba a todos ellos lejos en edad y quien, habiendo sido enviado en 1892 a Sudamérica por encargo de Adolf Bastian, iniciara su carrera científica igualmente en Berlín.

Ecuador fue para Max Uhle la tercera y última estación de su prolongada actividad en los países andinos, que comenzó en el año 1896 en Perú con las sensacionales excavaciones en las ruinas de Pachacamac, extendiéndose por más de cuatro décadas. No menos éxito tuvieron luego las excavaciones, financiadas asimismo por fuentes norteamericanas, practicadas por Uhle en

* Traducido del alemán por Wera Zeller.



los valles de la costa sur y norte del Perú, y cuando el gobierno peruano decidió en el año 1906 la instalación de un "Museo de Historia" arqueológico, resultaba prácticamente obvio que se le nombrara a Max Uhle como su primer director. En Chile, adonde fue llamado seis años más tarde, no sólo volvió a demostrarse como un arqueólogo de gran categoría, sin también se hizo cargo de la dirección del Museo en Santiago, recientemente fundado. Luego sigue una larga temporada en Ecuador, donde Uhle gracias a la amistosa ayuda de Jacinto Jijón y Caamaño una vez más pudo dar prueba de su singular capacidad de trabajo. En las diversas publicaciones, procedentes de sus años ecuatorianos, se hace patente cuánto se esforzó Max Uhle entonces por destacar más nítidamente los grandes nexos culturales de la antigua América, relacionando las civilizaciones de la costa occidental de Sudamérica con las de los mexicanos y maya, hecho que - entre otros - habría de significarle entrar en controversia con Julio C. Tello. El problema de los nexos culturales, que Uhle extendiera más allá del Pacífico hasta la antigua China, le seguiría preocupando después de su regreso a la patria.

En Berlín le acogió hospitalariamente el Instituto Ibero-Americano, fundado en el año 1930 y ubicado en el centro de la ciudad, en el edificio de las antiguas caballerizas reales ("Marstall"). La atmósfera acogedora de la habitación de antiguo estilo berlinés, cuyas ventanas daban a la "Breite Strasse" - una calle de tráfico intenso - recordaba ligeramente aquella que reinaba en la biblioteca de Alexander von Humboldt, tal como la podemos observar en la conocida litografía en colores, realizada según una acuarela de Eduard Hildebrandt. Los numerosos libros que Max Uhle había adquirido a lo largo de cuatro decenios fueron catalogados de acuerdo con sus deseos e integrados en su mayor parte a las existencias de la biblioteca del Instituto, pero cada obra fue señalada como propiedad suya mediante una marca especial y, sobre todo, por un timbre con el nombre de "Max Uhle". Sólo una serie de manuales importantes y de otras obras que él precisara continuamente para sus trabajos permanecieron en su estudio de corte alargado. También las separatas y, sobre todo, los numerosos manuscritos de Max Uhle, en su mayoría inéditos, guardados en cajas verdes con tapas de charnela, llenaban las estanterías de la habitación. A causa de los largos viajes se habían revuelto una serie de cosas, que ahora tenían que ser ordenadas de nuevo bajo la dirección del anciano erudito.

Poco después de su regreso inició Max Uhle sus clases en la "Friedrich-Wilhelms-Universität", dedicadas exclusivamente a los problemas de la arqueología andina. A pesar de que la Universidad, ubicada en la avenida "Unter den Linden", no quedaba lejos del Instituto junto al "Schlossplatz", prefirió Max Uhle muy luego dictar sus clases en el Instituto Ibero-Americano, donde su sala de trabajo ofrecía lugar suficiente, ya que el número de oyentes, dispuestos a interesarse en aquellos años por las culturas de la América antigua, era bastante reducido.

Entre las obras a las que Max Uhle recurría siempre de nuevo en sus clases o conversaciones, se cuenta el quinto tomo de las "Gesammelte Abhand-

lungen" (Tratados selectos) de Eduard Seler, que contiene el trabajo clásico sobre la cultura de Teotihuacán. Las páginas, abiertas tan a menudo, estaban provistas de numerosas observaciones marginales difíciles de descifrar, en las que se comparaban los motivos de la cerámica trípode con el lejano mundo formal de la China. Fijando los ojos azules de destello acerado firmemente sobre su interlocutor, declaraba Max Uhle enfática y determinadamente: "¡Este es el dragón chino!". Si le parecía percibir alguna duda por leve que fuera, continuaba con mayor énfasis aún: "¡Veo, que Usted no lo cree! ¡Pero veré - yo tengo razón!". Estas audaces ideas de una relación transpacífica fueron expresadas por Uhle entonces también en el pequeño trabajo sobre "Die alten Kulturen Perus im Hinblick auf die Archäologie und Geschichte des amerikanischen Kontinents" (Las antiguas culturas del Perú en relación a la arqueología e historia del continente americano), que el Instituto Ibero-Americano publicó como edición-homenaje con ocasión del "XXVI Congreso Internacional de Americanistas", celebrado en septiembre de 1935 en Sevilla. Con este intento de una derivación de la antigua China, que por lo menos en el Perú mismo precisamente no le hiciera ganar amigos, se vino a cerrar en cierto modo el círculo, porque Max Uhle - cosa que no hay que olvidar - partió una vez de la sinología.

Una vez más, en el verano fatal de 1939, cruzó el océano para asistir al congreso en Lima, donde él y otros - como Walter Krickeberg - fueron sorprendidos por la guerra. De regreso en la patria, tras rodeos complicados y dificultades considerables, sólo pudo captar a medias todo lo horroroso y extraño que acontecía en torno suyo. El que para una comida, a la que había invitado con cortesía patriarcal, hacía falta aportar vales de racionamiento, era algo que él no comprendía y al ver rechazada su invitación reaccionó asegurando de nuevo, aunque ya ligeramente irritado, que uno naturalmente sería convidado suyo. Luego, sin embargo, cuando durante un ataque nocturno cayó una bomba sobre la casa vecina en la "Teplitzer Strasse" en el barrio residencial de Grunewald, donde se le había instalado en las mejores condiciones posibles, pudo presenciar Max Uhle como las víctimas fueron sacadas en camilla. Súbitamente adquirió consciencia del peligro mortal que estaba corriendo y exigió con vehemencia abandonar Berlín de inmediato, cosa a la cual se había negado rotundamente hasta entonces. Con una acompañante puesta a disposición por el Instituto emprendió el funesto viaje hacia el hogar de ancianos, donde finalizó sus días, falleciendo el 11 de mayo de 1944. Carecemos de detalles sobre las circunstancias bajo las cuales terminó su larga vida.

Quien tuvo la suerte de poder contarse entre sus escasos alumnos, o tuvo oportunidad de conocerle más de cerca de otra manera, no olvidará nunca el modo entusiasta y campechano con que solía relatar episodios de sus cuantiosas experiencias. En verdad, era mucho lo que él podía contar, porque todavía le tocó vivir las dificultades de los tiempos de pionero, en los que el excavador - caído bajo la sospecha de ser buscador de tesoros - a menudo tenía que fiarse de su propia energía y fortaleza física. Max Uhle por cierto estaba como hecho para el trabajo en el terreno. Gozaba de salud ex-

celente y era de estatura pequeña y fornido. La cabeza maciza reposaba como atornillada sobre los anchos hombros. Sus manos breves y fuertes terminaban en unos dedos anchos, cuya piel curtida por el sol y el viento semejaba la corteza de un árbol. Estos dedos, sin embargo, adquirían una seguridad y suavidad inesperada cuando tenían la suerte de poder coger un huaco o un viejo tejido: eran las manos del excavador experimentado, consciente de la fragilidad de los objetos rescatados por él.

Hasta edad muy avanzada, Max Uhle se mostró abierto a nuevos resultados de la investigación, enjuiciando con crítica a menudo dura pero justificada nuevos intentos de interpretación. Cuando se trataba del discernimiento científico, para él no había compromiso que valiera. Vital y belicoso hasta el final, siempre fue objetivo en la discusión, no cayendo jamás en lo personal. La época de las grandes polémicas con su "enemigo principal" Arthur Posnansky, cuyos métodos de trabajo e intentos de datación rechazaba con razón, o con el científicamente bastante más importante Julio C. Tello, ya había pasado para él. Es más que característico para él, que jamás publicó la única exposición total de sus ideas acerca de la estructura de las culturas del antiguo Perú, que fueron fruto de una crítica muy detenida y violenta de las opiniones expresadas por Philip A. Means.

A la modestia en su comportamiento y la disposición a familiarizarse con las opiniones de otros se unía por otra parte un orgullo justificado por el propio trabajo. En cuanto a esto, no era raro que su juicio contuviera una cierta dosis de ironía. Cuando en el curso de una conferencia presentada en el "Ethnologisches Colloquium" (Coloquio Etnológico), dirigido en aquel entonces por K. Th. Preuss, al que Uhle solía asistir a menudo, se expresaron teorías que le parecían insostenibles, opinó el gran peruanista con parvedad: "¡Ciertamente estuve cuarenta años en Sudamérica, pero, por lo que me he podido enterar hoy, no parece entender nada de la arqueología peruana!".

NOTA

Sobre la vida y obra de Max Uhle informa la monografía acribiosa de John Howland Rowe: Max Uhle (1856-1944). A Memoir of the Father of Peruvian Archaeology. "University of California Publications in American Archaeology and Ethnology", Vol. 46, No. 1. Berkeley - Los Angeles 1954. Compárese además a Eloy Linares Málaga: El antropólogo alemán Friedrich Max Uhle, "Padre de la arqueología andina". Lima 1964, y la necrología aparecida en el año de la muerte de Max Uhle, escrita por Gerdt Kutscher: Max Uhle zum Gedächtnis. "Ibero-Amerikanisches Archiv", Jg. XVIII, Heft 1/2: 1-8. Bonn - Berlin.